

CAPÍTULO V.

HISTORIA DEL IMPERIO DE ORIENTE HASTA LAS CRUZADAS.

SUMARIO.

- § I.—Estado del imperio despues del reinado de Arcadio.—Influencia de Pulqueria en el reinado de Teodosio II.—Marciano.—Contiendas religiosas.—Guerras con los Persas en tiempo de Zenon y de Anastasio.—Justino I.—Justiniano.—Hazañas de Belisario contra los Persas y los Vándalos.—Belisario y Narses en Italia.—Desgracia de Belisario.—Ataque de los Búlgaros.—Gobierno de Justiniano.—Sediciones en Constantinopla.—Leyes de Justiniano; origen del derecho romano en esta época; códigos; pandectas; institutas; novelas.
- § II.—Estado del imperio á la muerte de Justiniano.—Justino II, Tiberio II y Mauricio, luchan contra los Persas y los Avaros.—Heraclio.—Período de reveses.—Ventajas de los Persas y de los Avaros.—Período de ventajas.—Los Persas son derrotados, los Avaros esterminados.—Nuevos reveses.—Envilecimiento del Imperio bajo los descendientes de Heracho.
- Largo período de contiendas religiosas desde el principio de la heregia de los Iconoclastas, bajo el reinado de Leon Isáurico.—Tiranía de Constantino Copronimo.—Irene reprime á los Iconoclastas condenados por el concilio de Nicea.—Cisma de la Iglesia griega.—Focio nombrado patriarca de Constantinopla.—El patriarca Cerulario consuma el cisma.—Guerras contra los Búlgaros, los Húngaros, los Petchenegos y los Rusos.—Gloriosos reinados de Nicéforo Focas, Juan Zimices y Basilio II.—Ecsaltacion de la familia de los Comnenos.—Progresos de los Turcos Seldjukidas.—Primera cruzada.
- § I.—GUERRAS CONTRA LOS PERSAS.—JUSTINIANO; SUS LEYES.—BELISARIO.

El imperio de Oriente, destinado á sobrevivir por espacio de mil años al de Occidente, cuya caída habia apresurado, se sostuvo aunque con poca gloria en medio del sacudimiento general.

Despues del reinado del débil Arcadio, dirigido sucesivamente por Rufino, Eutropo y Gainas, *Teodosio II*, ó mas bien su hermana Pulqueria, habia proporcionado al

imperio, sino esplendor y poder, al menos alguna tranquilidad interior: la redaccion del código Teodosiano imprimió en este reinado un indeleble recuerdo (408-450). A la muerte de *Marciano*, del noble emperador que se habia atrevido á desafiar y habia amedrentado á Atila, las contiendas religiosas, escitadas por los hereges eutiquianos, se prolongaron por espacio de medio siglo, á pesar del *edicto de union* (481), publicado por el emperador Zenon, y de las peligrosas guerras sostenidas contra la Persia (502-505). Juntábanse á las discusiones religiosas los trastornos civiles, cuyo frivolo pretexto patentiza el colmo de envilecimiento en que habia caido el poder, y toda la degradacion de las costumbres públicas. Los cocheros del Circo, distinguidos por los colores de sus libreas, formaban dos facciones, de los *azules* y de los *verdes*, divididos por una furiosa rivalidad, en la que tomaron partido, el pueblo, los grandes y hasta el mismo emperador. Convertido el hipódromo en arena política, vino á ser el teatro de las mas sangrientas disputas y de las mas terribles sediciones. El emperador *Anastasio* (491) intentó apaciguar las discordias despidiendo la turbulenta guardia isáurica, prohibiendo los combates de hombres y de animales feroces y suprimiendo el impuesto del Crisargiro que arruinaba la industria. Pero sus ridiculas pretensiones en la ciencia teológica habian acrecentado los progresos de la heregia y aumentado el descontento de los ortodoxos. Al mismo tiempo las Arabes devastaban la Siria y la Persia, y saqueaban la provincia de Armenia. En fin apareció *Justino I* (518-527), que restableció la paz en la Iglesia y en el imperio, y preparó un reinado ilustre en ese obscuro período: el reinado de Justiniano.

Justiniano (527-565), á pesar de la debilidad de su carácter, debió una verdadera gloria á algunas ideas grandes, y principalmente á las felices circunstancias que le hicieron hallar hombres de ingenio para realizar sus proyectos: Reconstituir el antiguo imperio romano rescatando de los bárbaros las provincias occidentales, y establecer sobre bases sólidas la organizacion interior, fundando una legislacion completa y regular: tal fue el doble objeto que se propuso y alcanzó Justiniano.

Una guerra con la Persia, que habia estallado en el reinado de Justino, suspendió por algun tiempo las empre-

que haya habido jamás, era casi inaccesible á causa de la extensión misma de sus dominios. Las leyes de las doce tablas, ese antiguo fundamento de la legislación romana, quedaban como una tradición respetable, pero inútil ya para las necesidades de la nueva sociedad. Al lado de este derecho *civil*, los edictos de los pretores, siguiendo la marcha de la civilización y modificados incesantemente por la jurisprudencia, se habían esforzado en armonizar las leyes con las costumbres, mientras que las sabias interpretaciones de los *prudentes* deducían con maravillosa lógica las consecuencias prácticas de los principios filosóficos del derecho, y sus trabajos eran dignos de colocarse entre los manantiales más fecundos de la legislación. En fin habiendo concentrado en sí los emperadores el poder legislativo, multiplicaron insiguiendo las necesidades de su administración, las constituciones, los edictos y los decretos. Tratábase de formar un conjunto de todos estos diversos materiales, de entresacar de un cúmulo de disposiciones desechadas por el uso, las leyes verdaderamente conformes al carácter de la época, de trazar á los magistrados y á los jurisconsultos una senda segura y fácil en el laberinto en donde los más peritos se estraviaban. Los códigos *Gregoriano* y *Hermogeniano*, donde estaban reunidas las constituciones de los emperadores paganos, y el código de Teodocio II, que contenía las leyes de los emperadores cristianos, apenas habían bosquejado esta obra inmensa. Justiniano osó acometerla por entero y tuvo la gloria de terminarla, bien que la sobrada precipitación perjudicó muchas veces á su perfección. Emprendieron la tarea los más hábiles jurisconsultos de la época bajo la dirección del cuestor *Triboniano*. En 528 fué publicado el *Código*, colección en doce libros de las constituciones imperiales, completamente revisada algunos años después. El año 533 aparecieron á un tiempo las *Pandectas* ó *Digesto*, vasta compilación donde están reunidas, comparadas ó conciliadas las decisiones emanadas de todas las escuelas de jurisprudencia; y los *Intitulas*, obra elemental donde se hallan expuestos para el uso de las escuelas los principios de la ciencia del derecho. Las leyes particulares publicadas por Justiniano durante los últimos treinta años de su reinado fueron reunidas en el libro de las *Novelas*, cuyo número acrecentaron las constituciones de sus sucesores.

Todas estas leyes tendían principalmente á hacer desaparecer los últimos vestigios de la organización republicana y á fijar el principio de la soberanía absoluta del emperador.

§ II. HERACLIO Y SUS SUCESESORES.

Cuando murió Justiniano, se hallaba el imperio de Oriente en el período culminante de su poder, poder por desgracia más aparente que real. Hacia el oriente, obligado Justiniano á comprar la paz al rey de Persia, había logrado no obstante restablecer en sus antiguos límites al Imperio. Al occidente, le había sido preciso dejar en poder de los bárbaros la Gran-Bretaña, abandonada por los Romanos desde Honorio, la Galia que había caído en poder de los Francos, y la España ocupada en parte por los Visogodos; pero por lo menos había recobrado el Africa, la Italia, una parte de la España, y Roma volvía á ser la segunda capital del imperio. Pero esta súbita reunión de estados separados demasiado tiempo hacia, duró corto número de años. Los Lombardos se aproximan á la frontera de Italia y no tardan en trasponerla; los Búlgaros se colocan al alcance de Constantinopla; los Avaros, pueblo salido del Asia en pos de los Hunos, se establecen en la Dacia, donde en otro tiempo se habían fijado los Godos. Los Persas amenazan continuamente la frontera oriental y no está distante el día en que todas las provincias de Oriente, inundadas por la invasión mahometana, quedarán desmembradas para siempre del Imperio.

Bajo el reinado del sucesor de Justiniano, *Justino II*, fué cuando la Italia pasó en poder de los Lombardos, sin que el Oriente hiciera siquiera una tentativa para defenderla (V. cap. I. § I). *Tiberio II* (578), acometido por el anciano Cosroes, no pudo rechazarle sino comprando á precio de oro la retirada de los Avaros, que se adelantaban hacia los muros de Constantinopla; pero bajo el reinado del valiente y hábil *Mauricio* (584), sucesor de Tiberio, perdieron esos bárbaros sesenta mil hombres en cinco batallas y *Mauricio*, protector del heredero de Cosroes contra un satrapa rebelde, llegó á disponer del trono de los Sasanides. Ese eminente general pereció en una sedición, asesinado por el centu-

rion *Focas*, que se apoderó de la corona (602). *Cosroes II*, que debía el imperio á *Mauricio*, declaró sin tardar la guerra al usurpador, y bajo pretexto de vengar á su bienhechor, invadió las provincias del imperio.

Constantinopla se hallaba estrechada por los Bárbaros en el mediodia y en el norte, cuando subió al trono *Heraclio* (610), despues de haber derribado á *Focas*, que por siete años consecutivos habia mañchado el trono con sus excesos y crueldades. *Cosroes* recorrió la Siria; de paso saqueó á *Damasco*, *Antioquia* y *Jerusalen*, matando á los que rehusaban pisar el crucifijo para adorar al sol, mientras que su teniente *Sain* atravesaba como vencedor el Egipto y regresaba al Asia-Menor con increíble rapidez para establecer guarniciones hasta en la ciudad de *Calcedonia*. *Heraclio* solicitó la paz; *Cosroes* contestó haciendo desollar vivo al valiente *Sain*, porque habia prestado oídos á las proposiciones del emperador. Al mismo tiempo los *Avaros*, escitados por los *Persas*, volvieron á empuñar las armas y se presentaron bajo los muros de Constantinopla. Reducido *Heraclio* á su capital, pensaba huir á *Cartago*; el patriarca le retuvo y el clero le dió sus riquezas: la Iglesia salvó el imperio.

Habia concluido la época de las desgracias y comenzó un periodo de maravillosos sucesos. *Heraclio*, merced á una atrevida maniobra, llevó de golpe la guerra al centro de la Cilicia: sorprendido *Cosroes*, retrocedió á la otra parte de las fronteras, derrotado en su retirada en *Iso*, y despues en *Mosul*. Los *Avaros*, en 626, quedaron casi exterminados, y *Heraclio* recobró la Armenia y la Siria con el auxilio de la tribu de los *Turcos Khazaros*, aliados del imperio. El sucesor de *Cosroes*, *Siroes*, imploró la paz; mas no consiguió obtenerla sino devolviendo los paises conquistados, las águilas romanas, y la verdadera cruz que su padre habia tomado á los Griegos (628).

Discurrirá mucho tiempo antes que la Persia no volverá á atacar el imperio; pero se le suscitan enemigos mas temibles en el mediodia. *Mahoma* lanza contra el mundo las tribus errantes de la Arabia (v. cap. VII, § III), con el Alcoran en una mano y la cimitarra en la otra; las provincias orientales del imperio son las primeras en su-

frir la invasion: una gran batalla decide la conquista de la Siria y del Egipto.

En adelante los limites ulteriores del imperio no alcanzaron mas allá del Asia Menor. *Heraclio*, perdida su gloria, murió (641) sin haber vengado sus derrotas, dejando el trono á una larga serie de príncipes cuyos nombres fueron otros tantos lunares en los anales del envilecido imperio. Acababa de ver como los *Visogodos* de España arrancaban una parte de las conquistas de *Justiniano* de la dominacion bizantina.

Estinguióse la familia de *Heraclio* despues de medio siglo de crímenes y de infamia (644-711). Este es el preludio de un periodo menos deplorable, en el cual, durante cuatrocientos años, se resistió el imperio contra los repetidos ataques de los Bárbaros y las contiendas interiores fomentadas incesantemente por las disputas religiosas, fruto de la inquieta sutileza de la decadencia del ingenio griego.

Leon Isáurico (717), elevado al trono despues de la estincion de la raza de *Heraclio*, proscribió el culto de las imágenes como una idolatria; confundiendo por ignorancia ó por malicia el culto de adoracion debido únicamente á Dios, con el simple homenaje que la Iglesia católica tributa á la persona de los santos honrando las imágenes que les representan. Por todas partes las imágenes de los santos y los cuadros que representaban asuntos piadosos fueron hechos pedazos por los emisarios del emperador (726), y los nuevos hereges se hicieron dignos del nombre de *iconoclastas* (queiebra-imágenes). Necesario fué apelar á la fuerza de las armas, á los suplicios, y á una mortandad de gente para llevar á cumplido efecto las órdenes del emperador; á pesar de las protestas del patriarca de Constantinopla y del Papa y de la resistencia de todo un pueblo afecto á los sagrados objetos de su veneracion. El sucesor de *Leon*, *Constantino Copronimo* (741), no titubea en añadir á las desgracias de la guerra y de la peste que desolaban el Imperio, los mas deplorables excesos de una rabia devastadora. Ni el contagio que asoló á Roma y al exarcato de Ravena, ni los progresos de la invasion musulmana pudieron hacerle conocer las fatales consecuencias de las divisiones del Imperio. Despues de

la muerte de Copronimo, Leon III desterró á la emperatriz Irene porque adoraba las imágenes en secreto. Mas este fué el último triunfo de la heregia. Confiose la tutela del hijo de Leon á *Irene* (778) cuya ambicion y crueldad llegó hasta el punto de sacar los ojos á su hijo con el fin de que ella no tubiera que desasirse del poder, pero por lo menos fué adicta á los dogmas de la fé católica. Irene hizo reunir un concilio general en Nicea, que en 787, anatematizó la heregia, y en 842 quedó completamente desterrada del imperio por las órdenes de la emperatriz Teodora. Mas vamos á alcanzar ya la época en que un cisma mas fatal que la heregia va á despojar á la Iglesia católica de una gran parte de su antigua herencia.

Ocupaba el trono el innoble *Miguel el Beodo*, que se gloriaba públicamente de haber tomado por modelo á Nerón, y se enfurecia cuando en medio de un espectáculo le distraian para anunciarle los ataques del enemigo: fué digno de unir su nombre á una deplorable revolucion religiosa. Con el fin de emanciparse de toda vigilancia y de toda oposicion, encerró á su madre Teodora en un convento, y depuso al santo patriarca *Ignacio* substituyendole *Focio*, capitán de sus guardias, famoso por otra parte por su profunda sabiduria (864). Fue aprobada en un conciliábulo la eleccion de Focio, mientras que el papa Nicolas 4.º manifestaba enérgicamente su desaprobacion excomulgando al intruso. Éste respondió elaborando las actas de un pretendido concilio en que el papa mismo era excomulgado, y al propio tiempo disputaba á la Santa Sede la supremacia sobre la iglesia de los Búlgaros, que acababan de convertirse á la fé. El advenimiento al trono de *Basilio el Macedonio* (867), y la reunion del octavo concilio ecuménico, interrumpió por un momento el triunfo de Focio, y fue restablecido Ignacio. El imperio gozó momentáneamente de reposo, y el emperador pudo emplear pacíficamente algunos años en reformar el sistema rentístico, y acomodar la legislacion de Justiniano á las necesidades de la época. No obstante el mismo Basilio preparó el camino á nuevas disenciones. A la muerte del patriarca, logró Focio á fuerza de adulaciones recobrar el favor imperial y ascendió al patriarcado. Todavía no es-

taba consumado el cisma: bajo el reynado de *Leon el Filósofo* (886), condenado Focio á que se quebrasen los ojos, fué arrojado definitivamente de la silla de Constantinopla: Mas el germen de division sembrado entre las dos iglesias se habia desarrollado en medio de esas deplorables querellas. La sumision de los patriarcas al soberano pontifice no fue jamas completa, hasta que en 1054, habiendo abortado las tentativas de conciliacion por la mala fe del patriarca Cerulario, los enviados del papa salieron de Constantinopla sacudiendo el polvo de su calzado contra la iglesia rebelde. Desde aquel momento rompiose enteramente con ella.

Durante esos funestos desórdenes, el Imperio habia sostenido una penosa lucha contra unos enemigos que parecia se multiplicaban á medida que él se debilitaba. Los Búlgaros convertidos al cristianismo (865), habian suspendido sus devastaciones: pero exigian con las armas en la mano se les abriesen puertos y factorias para su nascente comercio, y en diferentes ocasiones llegaron hasta los muros de Constantinopla (888-927): los Eslavos, establecidos en Iliria, amenazaban caer sobre la Macedonia; y los Petchenegos y los feroces Húngaros salidos de las orillas del Báltico, avanzaban por el litoral del mar Negro y las márgenes del Danubio, haciendo tributarios á un tiempo á los Búlgaros y á los Griegos (924). Los Turcos Khazaros permanecian fieles á su antigua alianza; pero los Rusos, libres de su dominacion, enviaban sus bageles al Bósforo (865), incendiaban los arrabales de Constantinopla (904), y obligaban á Leon el filósofo á sugetarse á un tributo que cuarenta años despues pagaban todavía sus sucesores. En fin los Sarracenos del Africa, dueños de la Sicilia, de la Cerdeña y de Creta (V. cap. VII) talaban las costas de la Grecia; y solo la decadencia del Califato contenia los progresos de los Arabes en el Asia Menor. En medio de esas luchas sin gloria, terminadas comunmente con la cobarde sumision de los emperadores, tres hombres adquirieron no obstante algun renombre, y la historia debe conservar los de Nicéforo Focas, de Juan Zimisces y de Basilio II. *Nicéforo Focas*, llamado al imperio por la eleccion de los soldados (963), rechaza á los Búlgaros hacia el norte, arroja á los piratas de la isla de Creta, recobra la de Chipre y somete la Cilicia. Su suce-

sor, *Juan Zimisces*, compañero durante mucho tiempo de sus victorias, atraviesa la Siria, hace temblar en su capital al califa de Bagdad y regresa triunfante á Constantinopla: *Basilio II* (976-1025) formado en la escuela de esos dos grandes guerreros, destroza, despues de veinte y cinco campañas, la nacion de los Búlgaros (1019), y destruye el reino de los Khazaros, que se habian reunido á los enemigos del imperio.

Pero el pasagero lustre de esos tres reinados se eclipsa despues de Basilio. *Romano Argiro* expia algunas ventajas que adquiere contra los Arabes, con una sangrienta derrota (V. cap. VII). Despues de él, dos mugeres de corrompidas costumbres, *Zoa* y *Teodora*, prostituyen la púrpura á indignos favoritos, y la raza de Basilio el Macedonio se estingue en el oprobio.

Sube al trono una nueva familia con *Isaac Comneno* (1056), cuyo sobrino *Alejo* (1081), subido al trono despues de tantos años de desórdenes interiores, y de reveses en Asia, donde los Turcos Seljukidas sometieron á un tiempo las provincias del Califato y las del imperio (V. cap. VII, § VII), pide en medio de sus apuros el socorro de los occidentales, y promueve la primera cruzada.

CAPITULO VI.

LA IGLESIA.—LAS LETRAS Y LAS ARTES.

SUMARIO.

- § I.—Estado de la Iglesia en la época de la grande invasion, en el imperio y entre los pueblos bárbaros. Persecuciones cometidas por los arrianos contra los católicos, entre los Visogodos.—Eurico—Amalarico.—Opresion de los católicos en el reino de los Vándalos.—Conversion de los Suevos; de los Visogodos; de los Lombardos.—Conversion de los Francos bajo el reinado de Clodoveo; de los Borgoñones. El monge S. Agustin enviado por el papa S. Gregorio el grande á los Anglo-Sajones.—Etelberto, rey de Kent, abraza el cristianismo.—Conversion de toda la Gran Bretaña.—Misioneros Irlandeses y Anglo-Sajones entre los Germanos.—S. Wilfrido y S. Wilbrodo.—Trabajos apostólicos y martirio de S. Bonifacio.
- El cristianismo en Oriente.—Progresos de la heregia nestoriana.—El misionero Olopen lleva el cristianismo á la China.—Decadencia de las iglesias heréticas y cismáticas de Oriente.—El paganismo subsiste todavía en las escuelas filosóficas y en las campiñas.
- Heregias desde el cuarto siglo al octavo.—Error de Nestorio.—Heregia de Eutiques.—Pelagianismo y Semi-Pelagianismo.—Cisma de los donatistas.—Iconoclastas.
- Concilios de Efeso, de Constantinopla, de Calcedonia, de Cartago y de Nicea, que condenan la heregia y el cisma.
- Principio de la vida monástica y cenobítica en Oriente y en Occidente.—S. Pablo hermitaño; S. Antonio.—S. Martin de Tours.—Historia de S. Benito de Nursia; fundacion de la orden de los Benedictinos.—Su regla.—Utilidad de los monasterios.
- § II.—De la literatura pagana en el quinto y sexto siglos.—Caída de la escuela de Alejandria.—Carácter de la poesia pagana.—Claudio.—Rutilio.—Decadencia completa.—Historiadores paganos. Zozimo, Procopio.—Gramáticos de Alejandria.
- Literatura cristiana. Los padres de la Iglesia.—Lactancio; S. Atanasio; S. Basilio y S. Gregorio Nacienceno. S. Gerónimo y S. Ambrosio.—Continuacion de los padres de la Iglesia.—S. Juan Crisóstomo, su destierro y su muerte.—S. Cirilo de Alejandria.—Teodoreto de Ciró.—Juan de Damasco.—Continuacion de los padres de la Iglesia latina.—S. Agustin, carácter de su ingenio.—Salviano; su libro del gobierno de Dios.—S. Avito de

sas del emperador contra el Occidente. *Belisario*, cuyo nombre fue despues tan famoso, empezó á darse á conocer por sus hazañas contra el rey Cabades (528); pero el inepto general que le reemplazó se retiró delante los Persas, y Justiniano fue feliz en poder alcanzar la paz pagando once mil libras de oro á Cosroes, sucesor de Cabades (532). Dirigiéronse al instante todas las fuerzas del imperio contra las provincias de Occidente, y Belisario tuvo el encargo de reconquistar el Africa, en donde los Vándalos, debilitados por las delicias del clima, habian perdido su vigor y su valor antiguo. En 532, desembarcó Belisario en Africa para castigar la usurpacion de Gelimer. Derrotado el Vándalo en Tricameron, se entregó á los Romanos; pronto fue tomada otra vez Cartago, sometieron la Cerdeña y la Córcega, y el Africa volvió á ser provincia romana. Gelimer habia perdido su reino sin hacer sentir otra queja mas que estas palabras: *Vanidad de vanidades, y todo vanidad!* Belisario regresó triunfante á Constantinopla á la manera de los antiguos Romanos (534). Ostentábanse delante de su carro los vasos sagrados del templo de Jerusalem, llevados á Roma por Tito, y por Genserico á Cartago.

Entonces fue cuando Belisario, enviado contra los Ostrogodos para vengar la muerte de la reina Amalasunta, empezó la conquista de la Italia, concluida veinte años despues por el eunuco Narses (V. cap. II, § I). Hacia la misma epoca (552) las divisiones del reino de los Visogodos en España devolvieron á Justiniano toda la parte oriental de la península.

Durante este tiempo habia vuelto Belisario contra sus primeros enemigos, los Persas, quienes llamados por los Armenios, habian pasado el Eufrates y saqueado toda la Siria. Salvó Jerusalem, pero no pudo reconquistar la Armenia; bastó esto para que el ingrato Justiniano le despojase del mando del ejército y de todas sus dignidades. Libre Cosroes de su temible enemigo, continuó la guerra y á pesar de la traicion del rey de Cólchida, solo concedió la paz al emperador y la libertad de conciencia á los cristianos de Persia mediante un tributo de tres mil piezas de oro (562).

El destino de Belisario era terminar su noble carrera siendo siempre el blanco del odio y de la calumnia y siem-

pre dispuesto á servir al príncipe que le habia privado de su favor. Mientras que los Avaros fundaban un poderoso imperio en las márgenes del Danubio, los Búlgaros bajaban al mediodía y atravesaban la muralla que el emperador Anastasio habia pretendido oponer á las invasiones de los Bárbaros. Un ejército griego enviado contra ellos fue derrotado, y tembló Justiniano en su capital. Pero Belisario, sacado de su retiro por el peligro, armo los ciudadanos, reunió todos los caballos del hipódromo para formar caballería y obligó á los Búlgaros á huir mas allá del Danubio. Salvado el peligro, olvidó Justiniano los últimos servicios del héroe; despojole de sus bienes y le envió á un destierro. El libertador del imperio y del emperador murió en desgracia; Justiniano le sobrevivió pocos meses.

El gobierno interior de Justiniano presenta un conjunto singular de grandeza y de debilidad, de nobles empresas y de miserables intrigas. Dotadas generosamente las artes, se coadunaron para adornar la capital y las provincias con magníficos monumentos. Entre las veinte y cinco iglesias de Constantinopla descolló la basilica de Santa Sofía, orgullo de Justiniano, quien contemplándola exclamó: «Oh Salomon! yo te he vencido!» Pero al mismo tiempo una cortesana elevada al trono, Teodora, hija de una cómica y esposa de Justiniano, agotaba los recursos del imperio con una faustosa prodigalidad, y los ministros se enriquecian falseando por el oro las constituciones imperiales. El emperador mismo, apasionado á los juegos del Circo, se mezclaba en las disputas de los cocheros y parecia que alentaba los desórdenes de que estuvo á pique de ser victima: una sedicion salida del hipódromo conmovió por espacio de cinco días la ciudad de Constantinopla; asustado Justiniano ponía ya el pié en el esquisse que iba á conducirle á la otra parte del mar; mas, el valor de Teodora le salvó esta vez: «Huid cuanto querais le dijo, que encunto á mi yo no reconozco sepulero mas glorioso que el trono.» Justiniano recobró su entereza y la sedicion quedó aniquilada con la muerte de treinta mil facciosos.

La única gloria incontestable de Justiniano es su legislacion. La ciencia del derecho, cultivada sin descanso durante muchos siglos por los mas ilustres jurisconsultos